

viva

**EL DESAFÍO
DE SUPERAR LA
INCOHERENCIA**

para una convivencia sostenible



EL DESAFÍO DE SUPERAR LA *INCOHERENCIA*

para una convivencia sostenible

GUSTAVO CAPUTO



MADRID BARCELONA MÉXICO D.F. MONTERREY
BOGOTÁ BUENOS AIRES LONDRES NUEVA YORK

LID Editorial Empresarial, S.R.L.
Donato Álvarez 936 - 10° L
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel. (011) 4585-1488
info@lideditorial.com
LIDeditorial.com

Caputo, Gustavo

El desafío de superar la incoherencia : para una convivencia sostenible / Gustavo Caputo. - 1a ed. - Buenos Aires : LID Editorial Empresarial, 2019.

208 p. ; 21 x 15 cm. - (Viva)

ISBN 978-987-4467-07-2

1. Filosofía. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Aproximación de Políticas. I. Título.
CDD 190

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Editorial y patrocinadores respetan íntegramente los textos de los autores, sin que ello suponga compartir lo expresado en ellos.

© LID Editorial Empresarial 2019

ISBN: 978-987-4467-07-2

Directora editorial: María Laura Caruso

Editora de la colección: María Laura Caruso

Edición: MLC, Servicios Editoriales

Diseño: Cecilia Ricci

Te escuchamos. Escríbenos con tus sugerencias, dudas, errores que veas o lo que tú quieras. Te contestaremos, seguro: queremosleerteati@lideditorial.com

Dedico estas líneas

a quienes procuran

*vivir como piensan,
pensar cómo viven,
y cuestionar lo que piensan.*

*Convencidos de que si estamos dispuestos
a traspasar los engaños propios y ajenos
y tocar el núcleo de lo que somos y hacemos
encontraremos las huellas del interminable sendero
que conduce a la verdadera coherencia.*



Índice

I. Acerca de este trabajo	11
1. El tema	11
2. Abordaje	12
3. Enfoque	12
4. Advertencias	14

II. Puntos de partida. Sobre lo que me llevó a investigar y escribir sobre este tema	15
---	----

INTRODUCCIÓN

01	La incoherencia como problema idiosincrático.	21
	1. La incoherencia: un problema personal que afecta la convivencia:	22
	2. Nuestra exposición cotidiana a la incoherencia	23
	3. La relevancia de reflexionar sobre la incoherencia	35
	4. Desafíos para el logro de una convivencia sustentable ..	39

PARTE I. Mapeando la incoherencia como fenómeno

02	Los rasgos de la incoherencia.	45
	1. ¿No medirse con la misma vara con que se mide a los demás, o no medirse con ninguna?	46
	2. Confundir el asentimiento ajeno con su sumisión	53
	3. No responder por los propios actos, palabras, creencias ni responsabilidades	56
	4. Prediagnóstico (I): la lógica que muestran las actitudes incoherentes	62

03	Las caras de la incoherencia: conductas, espacios efectos	67
	1. Conductas y espacios por los que se filtra la incoherencia	69
	2. Efectos de los actos incoherentes: la lesión de la dignidad y el trato debido.	77
	3. Prediagnóstico (II): de los efectos a las causas de la incoherencia: La relación entre pensar y actuar	86

PARTE II. Diagnóstico de la incoherencia

04	Raíz u origen de la incoherencia.	95
	1. El actuar sin saber lo que se hace:	95
	2. La empatía y sus requisitos.	102
	3. La falta de consciencia mirada desde la antropología filosófica	109
05	El impacto de la incoherencia: la falta de criterio como principio de desintegración social.	117
	1. El impacto personal de la incoherencia: la falta de criterio –y de sentido– como factor de desintegración personal	119
	2. El impacto social y cultural de la incoherencia: el enviciamiento de las costumbres y fragmentación social.	127
	3. El impacto institucional de la incoherencia	136

PARTE III. Superar la incoherencia

06	Superar las trampas de las falsas coherencias	147
	1. La problemática que plantea el perfeccionismo	148
	2. La problemática que agrega el prejuicio ideológico.	153
	3. La necesidad de aceptar los hechos (y los propios límites)	155
07	Reconocer nuestra falibilidad, paradigma y desafío de la verdadera coherencia.	159
	1. Reconocernos falibles exige veracidad: relectura del relato de nuestro origen	160
	2. Admitir nuestra falibilidad no implica corrompernos	163
	3. La tensión entre lo real y lo ideal como dinámica del desarrollo humano.	164
	4. La consciencia de nuestra falibilidad, puerta de ingreso a nuestra humanidad.	167
08	Reconocer el interés y bien común como lo mejor para la convivencia.	173
	1. Reconocer la prevalencia de lo que preserva la convivencia	176
	2. Reconocer la gratuidad que pide la expresión libre de cada uno	179
	3. Asumir la necesidad mutua de posibilitarse y facilitarse (como bien común).	184
	Consideraciones finales.	191
	Bibliografía.	201

I

Acerca de este trabajo

1. El tema

Mi interés por la incoherencia surgió –como detallo más abajo y describo en el capítulo introductorio– a partir de la creciente perplejidad que comenzó a provocar en mi conciencia la constante percepción de disonancias entre palabras y actos. Discordancias cuyo intento de registro comenzó a mostrarme más y más conductas y actitudes afines. Primero, entre quienes veía medir a otros, pero eximirse a sí mismos de medirse con la misma vara. Después, entre quienes veía desvincular sus actos de cualquier efecto, culpa o responsabilidad para descargarlas en otros.

Verme a la vez a mi mismo en alguna situación tomando una actitud similar, y notar por otra parte, que ocultan un intento solapado de imponerse, aceleró mi toma de consciencia respecto del riesgo de verla generalizada como forma de trato. Sobre todo cuando veía ostentarla a hombres públicos con un poder de imposición amplio y difícil de delimitar. Lo que terminó de convencerme de la relevancia de intentar esclarecer sus implicancias.

2. Abordaje

“Para resolver una cuestión hay que comprender el problema que plantea”.

Advertir que la incoherencia podía constituir un conjunto identificable y compartido de actitudes y comportamientos y, como tal, un fenómeno social e idiosincrático; e intuir que su origen podía vincularse con una incapacidad crítica, también generalizada, me ofrecía la posibilidad de poder explicar el origen de la violencia y fragmentación que sufrimos como sociedad. La raíz del cambalache por el cual mezclamos biblias con calefones y el reino del revés por el cual repetimos sin nunca resolver nuestros problemas: una falta de criterio que se ve confirmada por los pobres resultados de nuestros alumnos en las pruebas lógico-matemáticas y comprensivas PISA, pero también en muchos de nuestros profesionales y dirigentes. Una incapacidad de distinguir lo estrictamente técnico de lo específicamente humano que pone en riesgo nuestra posibilidad de integrarnos como sociedad (en este sentido, la grieta no es una casualidad...).

El intento por comprender la incoherencia y por qué caemos en ella, me ofrecía la posibilidad de ayudar a entendernos como personas y como sociedad. Mostrarnos el camino para dejar de tambalearnos entre lo que creemos ser, pensar o poder para pasar a sustentarnos en lo que en verdad hacemos, somos y podemos.

Poder aportar para una comprensión de nosotros mismos, que ensanche nuestra posibilidad de superarnos como sociedad, al sumarse a un tema y un abordaje interesantes y concretos, terminó de convencerme de la validez de intentarlo.

3. Enfoque

A partir del contraste entre nuestras incoherentes conductas cotidianas y las confusiones de las que surgen, este trabajo encara una

reflexión que apela a nociones de la filosofía de la acción y de las ciencias de la conducta.

Buscando esclarecer las relaciones específicas existentes entre: la dinámica social violenta y desintegradora que padecemos, y nuestras formas habituales de pensar, sentir y razonar. Formas, estas últimas, que no interesan por su contenido (lo que se cree, piensa o siente) sino en relación con la perspectiva y los criterios que suponen adoptar para decidir y actuar. En definitiva, que interesan en cuanto operan como supuestos de la capacidad crítica que rige nuestro diario razonar, decidir y actuar.

La hipótesis que sustenta esta indagación es que la perspectiva crítica que rige nuestras decisiones pierde su eje si no está abierta a captar e integrar toda la riqueza de significados involucrada en las situaciones que enmarcan nuestras decisiones. Dando origen, como producto de esa falta de visión, a actitudes y conductas disgregantes hacia uno mismo y hacia los demás, que al generalizarse –como entiendo que sería el caso de nuestra sociedad– retroalimentan una dinámica social que tiende a tergiversar y pervertir todas las formas y parámetros compartidos de trato mutuo.

Visibilizar entonces los lazos que ligan las actitudes y conductas incoherentes; por un lado, con sus efectos e impactos nocivos, y por otro, con la incapacidad de discernir de la que parten, posibilitaría comprender y mensurar el problema que subyace detrás del hecho de que cada uno pueda alcanzar una perspectiva genuina y crítica. Desenmascarar las falsas coherencias a las que conduce la carencia de esa perspectiva permitiría, por otra parte, contrastarlas respecto de una coherencia verdadera. Y redescubrir la riqueza que involucra su búsqueda: habilitarnos para comprendernos y superarnos como personas y como sociedad; ingresar en la dinámica del desarrollo humano. Capacidades que necesitamos recuperar, pero que para ello exigen primero comprender, reconocer y vivir las condiciones que las viabilizan. Explicitar y recorrer estas instancias constituye el objetivo de este libro.

4. Advertencias

No interesa a este trabajo el acto intencionalmente incoherente o dañino, sino el que es producto de inadvertencia. Entendiendo que el significado y las consecuencias de nuestras acciones son independientes de la intención o falta de ella con que las hayamos realizado.

Tampoco interesa aquí echar culpas a nadie. Menos aún a un grupo o clase determinada de personas, ejercicio que considero arbitrario y promotor de enfrentamientos vanos. Sí plantearse las implicancias de la libertad, la responsabilidad personal y social que conlleva asumirla y el cultivo de la propia consciencia que exige. Consciencia cuya dimensión individual (estar dado a sí misma) incluye el captar y entender el significado e impacto de lo que se hace; es decir, la dimensión interpersonal y social que conlleva el actuar.

Tampoco buscan estas líneas exponer lo que se supone saber, sino mantenerse enfocado en lo que se busca comprender, de modo de ir enhebrando ideas que conduzcan a ello.

Este trabajo quisiera ofrecerse, por último, como una reflexión que parte de un ciudadano de a pie que, preocupado por su país, pone su pequeño saber y su búsqueda de respuestas al servicio de que tratemos de encontrar algunas que puedan ser compartidas respecto de lo que nos viene sucediendo, ya desde hace tiempo. Pretende encontrar y ofrecer caminos que nos posibiliten volver a visualizar, como sociedad, un destino común por el que podamos sentir que vale la pena vivir aquí y juntos. Recuperar un sentido de futuro y de destino, que nos libere de palabrerías y acciones inconducentes. Que nos decida a trabajar para el logro de una vida y una sociedad abierta al despliegue, el crecimiento y el desarrollo de todos y cada uno. Y superar, en dicho empeño, nuestra tendencia a instalarnos en lo que creemos querer, poder o hacer para sustentarnos en lo que en efecto somos, hacemos y podemos.

II

Puntos de partida

Sobre lo que me llevó a investigar y escribir sobre este tema

1. Comencé a centrar mi atención en la incoherencia –como ya adelanté en líneas anteriores– a partir de la creciente perplejidad que experimentaba, ante la reiterada percepción de flagrantes contrastes entre lo que escuchaba y lo que veía hacer.

Vinculé, en el comienzo, lo que atribuí a una falta elemental de lógica –en cuanto requisito insustituible de nuestro funcionamiento racional– con la mediocridad. Y releí a José Ingenieros. Pero mi perplejidad se incrementó al ver que enfocar mi atención multiplicaba las disonancias percibidas. Primero, entre los que oía decir una cosa y hacer otra. Después, entre los que veía esquivar la vara con que medían a los demás. Más tarde, entre los que veía colocar el peso de sus actos, siempre, fuera del ámbito de su responsabilidad

Mi intento por identificar comportamientos y perfiles similares pronto me llevó a notar que quienes se liberaban de forma sistemática de su responsabilidad, sea lo que sea que hubieran dicho o hecho (y las ofensas o daños que hubieren causado), apelaban a su falta de mala intención. Autoexculpación que veía acompañada de un enturbiamiento de la comunicación que terminaba situando la culpa en otro. Lo cual me llevó a estudiar los fenómenos de la *manipulación*, el *maltrato* y el *abuso*.

Poco a poco, la búsqueda de comportamientos afines me llevó a vislumbrar un conjunto común de rasgos de actitud y personalidad. Tras lo cual apareció una tendencia a aprovechar, usar o apropiarse de lo ajeno. Un cierto carácter oportunista que se veía asociado a una inclinación por imponerse. Esto me llevó a vislumbrar una posible hipótesis: por un lado vinculando su origen con carencias de manejo emocional y social, por otro, entre sus efectos y una violencia que, como impacto, producía desintegración social. Lo cual me impulsó a intentar articular conceptualizaciones de pensadores políticos y sociales con teorías provenientes de las ciencias de la conducta.

2. En paralelo y a medida que profundizaba en lo que empecé a llamar el **fenómeno de la incoherencia**, comencé a sentir que mi confianza se veía desafiada. Una confianza hasta entonces natural y espontánea hacia los hombres en general y hacia mis colegas y amigos en particular. Desafío que me instó aún más a intentar descifrar porqués. Necesitaba poder volver a creer en sus palabras, actos y promesas. Restaurar una seguridad respecto del comportamiento ajeno, sin la cual, empecé a notar, no es posible convivir con otros.

Advertir la disminución de mi propia confianza al profundizar en el análisis del comportamiento incoherente, me hizo tomar consciencia de la relevancia del fenómeno que estaba enfocando. Darme cuenta de que gran parte del porqué estamos sumergidos como sociedad en la desconfianza, podía ser explicado. Lo cual validó más mi intento.

Relacionar la incoherencia personal con el desmembramiento social, por otra parte, volvió a enhebrar mis inquietudes estéticas y éticas. A emparentar el sinsabor estético que siempre me produjo el desorden edilicio y urbano de nuestras calles, barrios y ciudades (con sus bolsones de informalidad) y las formas generalizadas de nuestro “des-trato” mutuo. Expresiones ambas de una falta de armonía que, más allá de su carácter tangible o intangible, constituyen hoy nuestros paisajes urbanos evidentes y difíciles de cambiar.

A partir de esa intuición comencé a rumiar, de nuevo, el vínculo entre las nociones de ciudad y civilización, de urbanismo y urbanidad. Los principios de la *polis* con las condiciones de una convivencia que preservan la calidad del trato mutuo. Congregando en mi interior las ideas de justicia, bien y equidad. Alrededor de un sentido del orden que, al reunir las, humanizaba profundamente la idea de un vivir juntos, pero en armonía.

Visualizar el impacto de los comportamientos incoherentes en el ámbito de lo público supuso, como ya lo adelanté, otro empujón importante para validar el intento por comprender la incoherencia como un fenómeno social.

Encontrarme en un contexto socio-político en el que veía que unos –siempre inocentes– estigmatizaban a otros –sistemáticamente culpables– me llevó a sentir que lo que iba entendiendo como incoherencia constituía un grave germen para la salud del todo social. Lo infectaba con la más nociva de las ejemplaridades. Colocar la culpa en grupos y no en individuos, desvinculaba la noción de responsabilidad de las personas reales y concretas: lesionando el derecho de cada uno a ser evaluado por sus propias expresiones o actos para pasar a ser juzgado en virtud de su pertenencia a tal o cual grupo. Esto me indujo a ver en tal actitud la semilla de una discriminación empapada de sinrazón y discrecionalidad que no solo eximía de rendir cuentas. Introducía también un principio institucional muy corrosivo, y una dinámica absolutamente contraria a la paz social.

Ver en la incoherencia un rasgo distintivo de nuestra idiosincrasia, por último, parecía poder aportar una explicación consistente de nuestro estancamiento con respecto al desarrollo. Permitía exponer el “carozo cultural” de lo que nos retrotrae a formas animales de vida. Ese reino de instantaneidad tan bien nombrado por algunos de nuestros más lúcidos pensadores. Identificar lo que nos sumerge una y otra en ese “reino del revés” del que nos alertaban, ya hace tantos años, los versos de María Elena Walsh.

Delinear la incoherencia como un fenómeno social me permitía ofrecer una explicación a esa tendencia tan nuestra, de vivir

como sociedad, inmersos en un “más de lo mismo” que nos ha conducido a un “todo da lo mismo”. Posibilitaba ponerle un nombre a la inconsistencia generalizada que alimenta nuestras mutuas faltas de respeto y confianza e identificar el tufo que enturbia nuestra convivencia y nos reduce a esa sensación de inseguridad vital que a la vez nos induce a enfrentarnos todos con todos. Abría una posibilidad de comprendernos a nosotros mismos y ofrecernos, quizás, la luz para resurgir.

Ojalá estas líneas despejen vías de autocomprensión que nos posibiliten superarnos de forma sinérgica, sustentable e integradora. Como personas, grupos, organizaciones, instituciones y como sociedad. Ese deseo es el que moviliza este trabajo.

